Como si de una vitrina tapatía se tratara, en este número han sido acomodadas distintas bellas piezas, de manera fragmentaria, de vasijas hechas todas por manos de grandes artesanos en los solares de Tonalá. A la vela del maestro Rodolfo Vergara, un apasionado custodio desvivido de esa tradición milenaria de las artes mexicanas populares que, en el horizonte se vislumbra, puede estar llegando a su fin, ese cúmulo de auténticas obras maestras con las que este número de *Universidades* se vistió son también un elocuente testimonio de un amor tan tangible como correspondido.

La cerámica de las flores: la colección de barro tonalteca Vergara-Aliseda

Rodolfo Vergara
Profesor e investigador UAM-X

I

Mi abuela era una jardinera dedicada. A su patio lo rodeaba una hilera de macetas. Redondas, de todos tamaños, alineadas en fila, permitían vivir a una variedad enorme de plantas sobre un piso de cemento. De tiempo en tiempo era necesario reemplazar macetas.

"¿Me acompañas el sábado a San Pedro?", preguntaba la abuela. En otra ocasión decidía ir a Tonalá. En la Guadalajara de principios de los años sesenta, el barro estaba en la vida cotidiana de los tapatíos, y San Pedro Tlaquepaque o Tonalá eran los principales proveedores. Las macetas y macetones de los patios, adornos de pared, los porrones para el agua, las bases de las lámparas, alhajeros, reproducciones de palomas, peces y búhos, cajitas de todo tipo y tamaño.

De muy niño tuve como alcancía un puerquito de San Pedro, azul brillante, profusamente decorado, enorme al menos en mis recuerdos, que me regalaron mis abuelos cuando nací y se iba llenando con los domingos y los cumpleaños. Esta presencia del barro en la decoración de la casa o en las utilerías del jardín o cocina se acrecentaba en las casas de campo. Ya fuera en Chapala, Tapalpa o Mazamitla, uno encontraba piezas decorativas que tal vez a los tapatíos les parecían un poco toscas para sus residencias urbanas, pero que en un ambiente campirano eran perfectas: platos decorados con escenas de animales y flores en las paredes, parejas de palomas en las mesas o algún búho despistado en un tocador. Los recipientes de barro en la cocina eran abundantes.

II

Dejé Guadalajara a los 18 años para venir a la Ciudad de México, pero, aunque a partir de entonces mi vida se construyó en la capital, nunca dejé de visitar con frecuencia mi ciudad. No pasaban más de tres meses sin que volviera a Guadalajara a ver familia y amigos. En mis tardíos veintes, fue precisamente en uno de esos viajes cuando uno de mis amigos de infancia me invitó a acompañarlo a una feria de artesanías en Tonalá.

Allí compré mi primera pieza de cerámica: un jarroncito pequeño de petatillo decorado con un simpático venadito. Lo compré sin razón ni objetivo particular. Luego vinieron años de vivir fuera del país y el pequeño venadito se quedó empacado en una caja. Al volver, el jarroncito salió de la caja y consiguió lugar en un rincón del estudio. A partir de entonces, la segunda mitad de la década de los 90, en cada viaje a Guadalajara comencé a comprar barro de Tonalá con alguna regularidad.

Al principio piezas pequeñas para decorar la casa o usar en la cocina, de las cuales regalaba algunas y me quedaba con otras. Frecuentemente visitaba el Instituto de Artesanías de Jalisco, mejor conocido entre los tapatíos como la Casa de las Artesanías del Agua Azul, para ver la Colección Montenegro o buscar alguna artesanía. Pero en algún momento, hacia el finales de siglo, comencé a buscar barro de Tonalá de manera sistemática.

III

Por ese tiempo comencé a hacer visitas frecuentes a Tonalá. En una de esas expediciones, caminando al azar por las calles del centro, repentinamente vemos dentro de una casa que tenía la puerta abierta un par de jarrones de barro rojo con vivos verdes, el típico barro bandera que para entonces ya era difícil de encontrar. No sólo era lo poco común de la pieza, sino que inmediatamente se notaba la buena mano del artesano, una calidad del todo singular.

A nuestro saludo acudió una mujer y le preguntamos si esos jarrones estaban a la venta. Ella le dijo a un niño: "Llámale a Florentino". Así conocí a Florentino Jimón, quien con los años se volvería uno de mis artesanos preferidos y un buen amigo. Le compramos ambos jarrones. Allí mismo, después de platicar por unos minutos, le encargué un jarrón de bruñido y comenzamos una relación que duró muchos años.



Florentino tenía dos especialidades: el barro rojo, del cual es, en mi opinión, el mejor exponente de su generación, y el barro bruñido en formato pequeño, sin llegar a la miniatura. Su barro rojo es elegante y señorial. Su barro bruñido, por el contrario, es colorido y juguetón. De este segundo le compré a lo largo de los años gran cantidad de piezas que usé para regalar a profesores o investigadores de otros países, colegas míos o de mi esposa. Cuando iba a verlo a su taller, que se encontraba al fondo de su casa, en el traspatio, lo saludaba así: "¡Maestro, una de sus piezas se acaba de ir para Finlandia!" … o Chile, Alemania, Inglaterra, Brasil, adonde fuera. Él no decía nada, sólo sacaba una sonrisa de satisfacción de su enorme cara y respondía con un

"¿Cómo le va?".

Visitar el taller de Florentino era jugar al azar, uno iba a ver que encontraba. Florentino no era bueno para los encargos, no le gustaba el compromiso de un diseño ni los tiempos de entrega, imagino que sentía que le quitaban creatividad. Siempre se resistía a aceptar una tarea –recuerdo que me tomó años convencerlo que me hiciera una tina de tamaño mediano–, con la excepción de sus famosas granadas, a las que consideraba una especialidad personal y de las que estaba muy orgulloso.



De algunas visitas salía yo con tesoros y de otras sin nada. Era impredecible. Pero siempre me quedaba al menos como una hora y charlábamos con mucho placer. En esas conversaciones aprendí mucho de la vida de los alfareros tonaltecos.

IV

Poco después entré en contacto con la familia Galván. Igual que los Jimón, otra familia dedicada al barro por generaciones. Amado, el abuelo, fue uno de los bruñidores tonaltecos más conocidos de la primera mitad del siglo XX. Dice la leyenda que su figura aparece retratada en el mural de Diego Rivera, "Alfareros", que se encuentra en la SEP.



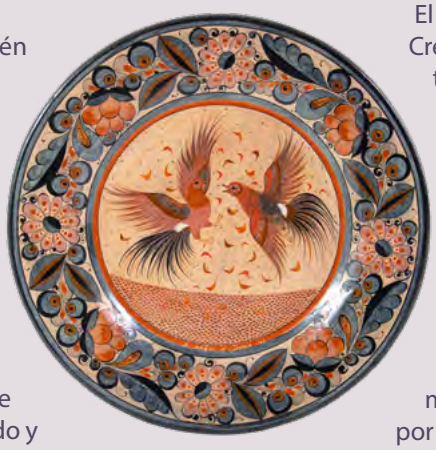
Su hijo, Asunción, era funcionario en el gobierno municipal y en su tiempo libre seguía ejerciendo el oficio de la familia. Amado nieto era propietario de una tienda de artesanías de rompe y rasga, en un centro comercial de Tonalá. Un día me comentó que había hecho una pieza de bruñido para el concurso de Metepec. "Si no gano, me olvido de ser alfarero y me dedico al comercio", me dijo.

Aunque la pieza era muy bonita, un guaje notable, no ganó. Yo me quedé con el guaje y él se dedicó a su tienda. Asunción producía piezas hermosas en un estilo muy tradicional que me recordaban precisamente aquellos barros que había visto en la infancia. Amado me reservaba las que le parecían mejor logradas. Otros artesanos lo menospreciaban porque no se dedicaba de tiempo completo al oficio, sin embargo, a mí me parecía que su estilo tenía una frescura y sencillez que le otorgaba un encanto particular. Sus miniaturas fueron por muchos años otro de los regalos favoritos que hacía a diestra y siniestra.

V

Pronto mis viajes familiares a Guadalajara tomaron una rutina particular. Salía de Ciudad de México en la madrugada, y al llegar a la zona metropolitana de Guadalajara me dirigía directamente a Tonalá. Visitaba a Florentino, o a los Galván, a ver que encontraba. Les compraba algunas piezas y seguía el camino a casa de mis padres.

Eventualmente también visitaba los talleres de otros artesanos y les compraba algo de obra. Durante mi estancia en Guadalajara me hacía un tiempo para pasar al Agua Azul y completar mis búsquedas. La Casa de las Artesanías ofrecía una amplia variedad de artesanías de todo el estado y de muy buena calidad. La sección de cerámica era grande, se llevaba un piso de los dos que estaban disponibles para la venta al público, con piezas de artesanos conocidos, aunque también se encontraba uno con obra de desconocidos, o anónimos, elaborada con muy buena mano.



Su oferta y sus precios variaban mucho con los calendarios burocráticos, a veces había muy poco surtido, en otras ocasiones la tienda estaba repleta y de repente uno se encontraba con alguna barata generosa porque urgía espacio para nueva mercancía. Aunque no comprara nada, simplemente visitarla era muy agradable.

El edificio es espléndido. Creación del arquitecto austriaco Erich Coufal, es una obra maestra del modernismo tapatío, con un hermoso mural de mosaico veneciano de Roberto Montenegro, y una majestuosa puerta hecha con piezas de cerámica de alta temperatura decoradas con motivos tonaltecos, hecha por Jorge Wilmot y Salvador Vázquez. Durante un tiempo albergó la sección Jalisco de la colección Montenegro de cerámica, propiedad del INBA, hoy desaparecida. Ahora, en retrospectiva, pienso que admirando esas extraordinarias piezas fue donde verdaderamente nació mi gusto por la cerámica.



VI

Mi colección se fue armando casi sin darme cuenta. Las primeras piezas las compré para adornar la casa pero pronto decidí que eran un gran regalo para amigos y colegas. Así que, como ya mencioné arriba, comencé a encargarle tanto a Florentino como a Galván piezas de barro bruñido que terminaban en los más diversos lugares alrededor del mundo. De ellas me iba quedando con las que más me gustaban, las que me parecían mejor logradas.

Por otra parte, por aquellos tiempos el gobierno del Estado tomó la extraña decisión de cambiar la adscripción administrativa de la Casa de las Artesanías de la Secretaría de Cultura a la de Fomento Económico. Entre otras consecuencias, pusieron a la venta obras de bruñido de gran formato que formaban una colección itinerante que recorría museos y casas de cultura locales. Tuve la suerte de poder adquirir varias de ellas.



Unos años más tarde, Florentino me mandó a ver el trabajo de Fernando, su sobrino. "Es un gran miniaturista", me dijo. Yo sabía de su existencia y de su calidad porque ya había comprado algo de ese trabajo en el Agua Azul. Fernando se convirtió en mi tercer maestro artesano. Pronto comencé a encargarle miniaturas de rojo y bruñido, y trabé una cálida relación con él y su esposa María Elena.

Fernando era muy distinto a su tío. Una generación más urbana, con una concepción más profesional de su trabajo. Hábil para buscar nuevos mercados, con frecuencia viajaba a vender a Estados Unidos, siempre muy puntual con los encargos, pero, sobre todo, una excelente persona. De él obtuve una pequeña colección de miniaturas de una calidad simplemente extraordinaria. Su barro rojo es como el de Florentino, elegante y distinguido, pero con una enorme profusión de adornos y detalles que a simple vista son difíciles de distinguir en una miniatura. Su bruñido, también prolijo en detalles minúsculos, usa los motivos tradicionales de Tonalá, pero con una paleta de colores amarillos oscuros y ocres muy personal.



VII

Así pues, poco a poco, como se llena una cubeta de agua bajo una llave que gotea, a lo largo de unos 20 años, se fue creando la colección. Recuerdo con mucho cariño esos años de viajes a Guadalajara para visitar a mis padres y buscar barro. Había una emoción particular en llegar a la Casa de las Artesanías en el Agua Azul *a ver que encontraba,* de ir a Tonalá a visitar a mis artesanos a ver que tenían. A veces volvía con poco o nada a la Ciudad de México… y otras cargado de nuevas adquisiciones a las que ahora habría que buscarles lugar en las vitrinas.

Decidir donde acomodar a los recién llegados, qué iba mejor al lado de qué, como lucían más colores, formas, texturas, era una actividad que tomaba días de observación y para mí era un profundo goce. Igual que en "Viaje a Ítaca", el poema de Kavafis, el camino ofreció tantas o más satisfacciones que el destino. En casa, poco a poco, la cerámica desplazó adornos y muebles. Debo agradecer la paciencia y el apoyo de Atocha todos esos años, al entender que coleccionar cerámica de Tonalá se había vuelto algo importante en mi vida y tolerar mi "pequeña" invasión doméstica.

Sin embargo, todo tiene un límite y un día, paré… En buena medida porque ya no tenía lugar para más obra, pero también porque sentí que la colección ya estaba terminada. Con sus evidentes limitaciones, creo que logré reunir un grupo de piezas de barro de Tonalá que reflejan lo mejor de la producción en esa época, unos 20 años en total, los últimos del siglo XX y los primeros del XXI.

El resultado final fueron aproximadamente 120 piezas de muy diversos estilos, tamaños y calidades, pero en la que todas representan lo que en mi opinión es el espíritu de la cerámica de las flores, como me gusta llamarle al barro de Tonalá por la profusión de las representaciones florales en sus decoraciones. Los cuatro barros tonaltecos están presentes –bruñido, rojo, canelo y petatillo– con piezas de los alfareros que me parecen sus mejores exponentes en esos tiempos.



VIII

¿Para qué coleccionar? Cada uno tendrá su respuesta, la mía se desdobla en dos aspectos.

El primero es preservar, cuidar aquello que es hermoso y que es escaso, o está desapareciendo. Por mis pláticas con Florentino Jimón y con Amado Galván me enteré que cada vez menos jóvenes aprendían el oficio familiar y que ya no había mucho interés por producir alfarería de alta calidad.

El modesto ingreso del artesano ya no era suficiente para una nueva generación que ahora tenía acceso a la educación universitaria y al mundo profesional. Amado había decidido abandonarla para dedicarse al comercio, Florentino se quejaba que ninguno de sus hijos había querido aprender. Sólo los hijos de Fernando Jimón estaban interesados en aprender el oficio de la familia, pero al mismo tiempo estudiaban una carrera universitaria.

Con la aparición de la violencia en Guadalajara, el negocio se volvió aún más complicado. "Los americanos son los que más nos compraban y ya casi no vienen", se lamentaba una tarde Florentino. En otra ocasión, acababa de volver de Buenos Aires donde lo habían invitado a dar un taller y recibir un homenaje por su obra. Estaba muy contento con la experiencia del viaje, pero al despedirnos de manera lacónica hizo alusión a la difícil situación económica y masculló: "De los premios no se come…".

Pronto me quedó claro que posiblemente estábamos ante la última generación de grandes bruñidores. Una tradición artesanal de raíces prehispánicas y que durante el siglo XVII y XVIII había sido popular entre la aristocracia española. De repente, para mi sorpresa, me toca a mí verla llegar a lo que parecen ser sus últimos años. Atender ese legado, aunque fuera curando una pequeña colección personal, me pareció importante. Era lo que yo podía aportar para conservar y homenajear la cultura de la ciudad donde nací, y a la cual sigo considerando *mi tierra*.

El segundo es el gozo personal de ver a diario piezas hermosas. El gusto de buscar su acomodo más atractivo, de abrir las vitrinas para admirarlas sin los reflejos de los vidrios, cambiarlas de lugar de tanto en tanto, verlas a solas con toda calma por las noches.

Un día Fernando me alertó que su tío Florentino no estaba del todo bien. Le llamé y conversamos un rato. Al despedirnos le dije desde lo profundo, "Muchas gracias, maestro, por el placer que me ha dado todos estos años admirando su trabajo…", sinceras y espontáneas palabras que creo que lo emocionaron mucho. También a mí.

En mi muy personal opinión, los coleccionistas no somos los dueños de la obra, sólo somos sus guardianes temporales a la espera de que llegue alguien más, quien se hará cargo de su cuidado en la siguiente generación. Y el pago que obtenemos a cambio es el goce de verla y admirarla cotidianamente. No puedo imaginar un pago más generoso para un trabajo tan agradable.

Ciudad de México, mayo 2026.

